



**FEDERICO ALIENDE**

*Infierno verde*



**EL GUARDIÁN LITERARIO**

*A Carla, por más apocalipsis juntos.*



“Dios está muy alto, el rey muy lejos  
y el dueño aquí soy yo.”

*Dicho en épocas de la conquista pronunciado  
por los representantes del rey*

“El horror, el horror...”

*El corazón de las tinieblas.* JOSEPH CONRAD

“A mitad del camino de la vida,  
en una selva oscura me encontraba  
porque mi ruta había extraviado”.

*La Divina Comedia.* DANTE ALIGHIERI

## Índice

<i>Prólogo a la obra</i> .....	13
<i>Todo termina en Iquitos</i> .....	17
<i>Crónica del descubrimiento del Río Amazonas</i> .....	19
<i>La reunión</i> .....	33
<i>La espera</i> .....	36
<i>El San Pedro</i> .....	41
<i>El comienzo</i> .....	49
<i>Ymará (Región de Aparia Menor)</i> .....	55
<i>A la deriva</i> .....	80
<i>Aparia</i> .....	91
<i>Interén</i> .....	131
<i>El Derié</i> .....	141
<i>En lo desconocido</i> .....	165
<i>Machiparo</i> .....	171
<i>Oniguayal</i> .....	180
<i>Omagua</i> .....	183
<i>Paguana</i> .....	187
<i>Perdidos</i> .....	189
<i>Las picotas</i> .....	197
<i>Los quemados</i> .....	198
<i>La tierra de las Amazonas</i> .....	202
<i>Las islas de San Juan</i> .....	208
<i>La provincia de los negros</i> .....	213
<i>El fin</i> .....	219

## ***Prólogo a la obra***

El 26 de junio pasado se cumplieron ya cuatro años de la desaparición de mi amigo y colega, Ezequiel García Moreira. Nunca más supimos de él, a excepción de los rumores que aún llegan desde la zona donde se lo vio por última vez; relatos que, si bien inverosímiles, convergen al contar de un hombre blanco que visita los pueblos del interior del Amazonas acompañado siempre por aborígenes de tribus aisladas.

Cursé con García Moreira la carrera de Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, en donde, desde el primer año, se destacó del resto de nosotros, no tardando sus primeros cuentos y ensayos en llamar la atención de todos los profesores de cátedra.

Al terminar nuestros estudios, Ezequiel comenzó a escribir con tan dedicación y pasión, que no me sorprendió que ganara el primer premio a la Mejor Novela organizado por la Editorial Laloux, una de las más prestigiosas de toda América Latina (2007). *Todos los inocentes culpables* es una obra perfecta, no sólo desde la prosa innovadora que utiliza, sino, y por sobre todo, por el

abordaje metafísico y pesimista que plantea acerca de las relaciones personales desplegadas en un ámbito sobrenatural y hasta fantástico.

Dos años después de aquel galardón, vio a la luz su segunda novela *El primer viaje* (2010), que le valió las mejores críticas por parte de la prensa especializada. *Locura y fin del mundo* (2013) y *La esencia eterna* (2015), lo terminaron por ubicar entre los más importantes escritores jóvenes de la Argentina y de toda Sudamérica.

No fue sino tras su viaje de meses por América del Sur que noté en Ezequiel un cambio radical. En las dos reuniones que mantuvimos, me habló obsesionado y monotemático sobre la posibilidad de realizar un nuevo viaje por el Perú, sin un regreso cierto hasta no dar allí, entre las tribus indígenas aisladas aún de la civilización, la inspiración que decía haber perdido. Le di mi parecer respecto a su proyecto, los peligros a los que se exponía y le cité unos cuantos ejemplos de personas que, por similares o diferentes motivos al suyo, se embarcaron a lo desconocido, y murieron o no volvieron nunca. Nada lo hizo cambiar de opinión.

Seis meses más tarde, Gladys Ayala, la madre de Ezequiel me llamaba llorando. Su hijo aparecía en una filmación de seguridad en la ciudad de Iquitos y, cuando me reuní con ella, me mostró el video que la Policía Municipal de Maynas le había adelantado por correo electrónico.

Aunque pixeleada y de baja calidad, distinguí en aquella grabación la figura de mi amigo mientras caminaba por

la rambla del Malecón Tarapacá. Luego, la filmación revelaba cómo Ezequiel procedía a sentarse en ese muro y permanecía escribiendo en un pequeño cuaderno. A las 04:37 a.m., Ezequiel saltaba aquella defensa, desapareciendo de la escena y perdiéndose de vista para siempre.

Por expreso pedido de su madre, la cual se encontraba enferma y postrada, viajé a la ciudad de Iquitos en búsqueda de respuestas. Logré entrevistarme con la policía y con el fiscal a cargo de la investigación, quienes me informaron de la decena de rastrollajes infructuosos efectuados, los testimonios recolectados e incluso me llevaron hasta el sitio exacto desde donde Ezequiel se había arrojado a las aguas del río Itaya.

Después de unos burocráticos trámites, la Policía Nacional del Perú me entregó una libreta de color negro, hallada flotando en el agua, y un par de prendas y un cilindro de cuero marrón, el cual contenía más de sesenta hojas de papel escritas en español antiguo.

Al regresar a la Argentina, la madre de Ezequiel me pidió un último favor: dar a conocer los últimos días de su hijo mediante el estudio de su libreta. Como no podía ser de otra forma, convertí en cuento los últimos pasos que mi amigo dejó registrados.

Sin aún saber por qué, no abrí aquel cilindro hasta después de un tiempo. Ezequiel, de alguna manera, había dado con un gran hallazgo. Una versión nunca antes conocida de la *“Crónica del descubrimiento del Amazonas”*, escrita por el fraile Gaspar de Carvajal en el año 1542, se encontraba en esos retazos de papeles antiguos.



Me hice de la versión conocida por la historia y, después de un largo estudio comparativo, comprendí que aquel cronista de Indias se había encargado de escribir dos bitácoras en paralelo: Una para la Corona española, la divulgada y obrante en el Archivo General de Indias en la actualidad y la otra, hallada por Ezequiel en algún lado del Perú, casi el doble de extensa y de un tinte más personal y reflexivo. En el inédito manuscrito, Carvajal no solo revela la misión secreta que la Iglesia Católica le encomendó, sino que, además, expone las atrocidades cometidas por los expedicionarios durante su avance por el Amazonas.

Respecto del trabajo efectuado sobre la Crónica hallada, me limité a su traducción del español antiguo al moderno, insertando algunos títulos que dividen la obra para su mejor comprensión y agregando también algunos signos ortográficos, como guiones de diálogos o puntos seguidos ante oraciones en extremo extensas. Por lo demás, el contenido no ha sido alterado ni suprimido en ningún pasaje, habiéndose devuelto el manuscrito original al Gobierno del Perú y obrando una copia digitalizada en el Archivo General de la Nación.

Anhelo que, al dar a conocer la experiencia vivida en sus últimos y fatídicos días, así como también su incalculable revelación histórica, le permita a Ezequiel librarse para siempre de aquel Infierno verde que lo persiguió y consumió sin tregua.

## ***Todo termina en Iquitos***

N. d. A: *El presente relato ha sido confeccionado sobre la base de las últimas quince hojas manuscritas de la libreta personal perteneciente al escritor argentino Ezequiel García Moreira, hallada flotando sobre las aguas del río Itaya, ciudad de Iquitos.*

La humedad se siente aún por efecto del ventilador desvencijado; cada vuelta que logra completar parece el último y agónico esfuerzo que el aparato hará para seguir esparciendo el aire caliente en la habitación. No pude dormir en toda la noche; las pesadillas hicieron que despertase desorientado y completamente mojado por la transpiración. La cara de una vieja sucia llorando, una correntada de agua marrón burbujeante y un niño indígena atacado por una jauría de perros salvajes y pelados por la sarna, son algunas de las imágenes que puedo recordar y que vienen repitiéndose desde que llegué.

A Iquitos y sus habitantes los agobia el pesado vaho y el extremo calor de manera continua. La selva se erige como una maligna diosa que, desde el otro margen del

Amazonas, se encarga de recordar a la intrusa civilización que ella es la única y verdadera soberana.

Ni los miles de *autorickshaws* con sus ensordecedoras bocinas pueden aplacar a la jungla extendiendo su intimidatoria presencia en la vida cotidiana de los iquiteños. La continua tierra en el interior de las viviendas, el sudor caliente impregnado en las ropas también sucias y los ataques constantes de los insectos que pican a turistas y locales por igual, dejan en claro que la presencia del hombre no significa que la humanidad haya triunfado allí sobre lo primitivo y salvaje.

Escribir no ayuda —como en otras ocasiones— para olvidar las circunstancias de las que intento escapar, las cuales se vuelven más constantes y angustiosas debido al indeseado desvelo que vengo sufriendo. Sentado ahora en el balcón de un bar ubicado en el Malecón Tarapacá, veo el atardecer muriendo sobre la bahía de Iquitos. Al cabo de unos minutos, el río Itaya y la selva que se encuentra en la lejanía envueltos en un paisaje humeante y terroríficamente encantador, se vuelve una absoluta oscuridad apenas difumado en un azul profundo al fusionarse con el cielo estrellado. No logro vislumbrar ni la más ínfima luz que pueda indicarme la continuación de la civilización en lo profundo de esa selva; como si la presencia de lo humano allí estuviese completamente ausente.

Las cervezas siempre tibias, otra de las imposiciones de la Amazonia. Cuatro lagartijas se encuentran inmóviles alrededor de uno de los focos del bar aguardando la llegada de los insectos.

---

N. d. A: *Las impresiones que García Moreira plasma al visitar el barrio de Belén —que a continuación se transcriben— se encuentran separadas por dos líneas —una al principio y la otra al final— efectuadas a mano alzada de las elucubraciones que escritor plasma mientras descansaba en un bar en el Malecón de Tarapacá.*

Ayer me perdí en el mercado de Belén, uno de los lugares más caóticos en que recuerdo haber estado: las mujeres espantaban las moscas con movimientos desgastados, queriendo evitar —inútilmente— que los insectos posasen sus larvas en pedazos doblados de carne de *Paiche* al aire caliente; los pollos esperaban ser sacrificados y las cabezas de tortugas desmembradas se exhibían naturalmente para su venta. Cientos y cientos de personas compraban y vendían las más variadas y extrañas frutas y alimentos. Allí fue que, después de caminar por esos pasillos asfixiantes y claustrofóbicos buscando una salida a la calle, bajé por unas de las escalinatas y terminé en el barrio bajo de Belén. Alguna vez leí que a aquella parte de Iquitos la llaman la “Venecia de Amazonas” por sus palafitos y balsas hogareñas a las cuales sólo se puede acceder por canoas, al estar gobernadas por el río Itaya. Nada de eso fue lo que encontré al bajar esos escalones: los palafitos dejaban al descubierto sus pilares mojados y hundidos en la contaminada orilla fangosa. El río estaba bajo en esos meses y la mugre y desperdicios se aglomeraba en la tierra en cantidades irreales.

Caminé sabiendo del peligro; ya me habían advertido que cualquier forastero allí era una presa fácil para ser robado. Metí mis manos en los bolsillos de la bermuda descubriendo que tan sólo tenía unos diez soles. Mientras avanzaba por los senderos hechos de tablones semihundidos en la porquería y el fango, los niños de todas las edades corrían y se detenían a centímetros detrás de mí y, cuando me daba vuelta rápidamente, mantenían distancia y me observaban como perros desconfiados que siguen a alguien por interés o simple curiosidad.

En un segundo de lucidez, me pregunté el motivo por el que me encontraba en ese paisaje surrealista enclavado en el margen de un río amazónico, mas no encontré otra explicación que la inconsciencia misma gobernándome por completo durante el viaje. No lo llamaría sentimiento de autodestrucción ni mucho menos tendencia al suicidio, sino, simplemente, una irresponsable despreocupación que me arrastraba, por decantación, a ser en todo momento una posible víctima de robo o de asesinato. Una pseudo metafísica necesidad de ver el fondo de un precipicio colgado del mismo.

Después de unas cuantas vueltas, localicé una escalera de cemento que llegaba hasta una de las venas laterales del mercado y, al comenzar a subirlas, pasé por la puerta de un bar roñoso y del cual sentí una sobrenatural atracción que me hizo ingresar sin dudar. Un mostrador, tres mesas de madera, dos borrachos completamente inconscientes y su dueño, me recibieron bajo un calor aún más asfixiante que el que imperaba en el

exterior. El tipo me miró y sólo después de unos segundos atinó a saludarme. Me senté en un banco ubicado en el mostrador también usado como barra y saqué los únicos diez soles que tenía.

—Buen día. Para las cervezas que alcancen —le dije poniendo el billete sobre la mesa mientras continuaba secándome la transpiración de mi cara con la remera.

Al dueño le llamó la atención que hablase español y no inglés. “Pocos españoles, y casi ningún che argentino”, me repetirá durante nuestra conversación. Le dije que era escritor y que había ido hasta allí buscando paisajes y costumbres que pudieran inspirarme. Terminado aquel intento de justificar mi presencia, percaté que el tipo me miraba fijamente hacía ya varios minutos, como si estuviese sacando conclusiones a partir de un meticuloso estudio de mis facciones.

—Parece que la selva lo tiene a mal traer —me dijo sin sacarme la mirada de encima.

Mi expresión de sujeto al que le descubren algo bien íntimo debe de haber sido tan reveladora que el dueño del bar inmediatamente continuó diciéndome:

—Sus ojos pierden brillo y su piel está cuarteada, es la selva queriendo echarlo. Pocas personas sienten la *furia verde* queriendo expulsarlo. Tiene dos alternativas, che argentino: o se va de Iquitos y ruega que la selva lo deje en paz, o se adentra en ella y logra que lo acepte —terminó de hablar y, como si hubiese perdido el completo interés en mí, desapareció por unos instantes, yéndose a una habitación ubicada detrás del mostrador.

Rodeado del viciado aire y de los ronquidos de los borrachos, comencé a analizar lo que me acababa de decir. Lo había leído alguna vez, personas que morían sin causa aparente días o meses después de haber estado en la jungla. Fiebres, delirios y manchas en el cuerpo se detectaban antes de que el corazón se detuviera de un momento a otro. Los locales se referían a esta afección como “*El Infierno Verde*”.

—Si me permite, che argentino, yo me adentraría y buscaría la forma de alcanzar su *Janagpacha*, claro que para eso hay que llegar a Mazán y de ahí navegar tres días hasta dar con los descendientes de los *Iwonias* para que ellos lo guíen aún más quién sabe hasta dónde. Después, es cuestión de suerte y de lo que lleve con usted —dijo al reaparecer del cuarto.

No entendí nada de lo que me estaba diciendo, y sentía que sus irrisorios consejos sólo sumaban más confusión a mi mente privada de sueño. Elucubré que podría estar borracho, pero descarté de plano aquella posibilidad; el hombre hablaba y se movía sobriamente.

—¿Alcanzar el qué? —le pregunté arrimándome al mostrador en muestra de interés.

—El *Janagpacha*; el Paraíso, che argentino; de lo contrario la selva lo destruirá. Tiene que buscar su paraíso en la selva. Irónico, ¿no? Una tradición tan antigua y sin embargo, tan inquietante. —Continuaba hablando con una cadencia hipnótica que acompañaba con movimientos de manos que parecían estudiados hasta en los mínimos detalles.

—¿A qué tradición se refiere? ¿Una especie de ceremonia de *Ayahuasca*? —le pregunté mientras me terminaba la primera “Cuzqueña” tibia que me había servido.

—No, no. Nada de *yagé*, no, no. El *Janagpacha*, el cielo, el paraíso de nuestro Cristo Señor. Se puede contemplar e inclusive se puede caminar por él. En su caso, es la única forma para que *ella* lo deje en paz. Los *Iwonias* subían a sus cielos al menos una vez en la vida —me explicaba como un profesor a un niño. Realmente sentí que tal vez me estaba dando la solución para terminar con el insomnio y las visiones que venía padeciendo.

—¿De qué forma? —volví a preguntar.

—Los *Iwonias* mantuvieron la ceremonia en el más absoluto secreto, al igual que sus descendientes, por eso es que no sabría decirle cuáles son los componentes, sólo que el unguento que preparan es aplicado acá. —Y me señaló la frente, específicamente en medio de los ojos. —Y casi de inmediato se experimenta el poderoso *Janagpacha*.

—Una alucinación.

—Claro que no. Usted está completamente consciente mientras la vivencia dura. Usted *vive* el paraíso y un sentimiento de felicidad primaria lo inunda.

El término “felicidad primaria” me llamó la atención. Pensé en escribirla para, después, robársela a ese pobre diablo y utilizarla en algún cuento. Aquel me dio otra cerveza y él se sirvió un vaso de chicha.

—¿Usted cree en el reino de los cielos? —me preguntó mirándome con sus ojos de negro petróleo.



—Soy católico por mandato, no por convicción —le contesté en una respuesta que creía grandilocuente y rozaba lo engreído.

—Es de los hombres que necesitan pruebas. Puede convencerse si conoce el paraíso que tanto le han prometido, además, en su caso, no tiene muchas opciones. Es su única alternativa para que la selva lo acepte y lo deje ir en paz.

A pesar de calor y del olor a encierro y madera húmeda que sentía ahí dentro, la misma fuerza que me había hecho entrar en el bar me provocaba ahora el deseo de quedarme un poco más. El tipo que en algún momento se presentó como Miguel, volvió a mirarme con esos ojos de oscuridad primitiva.

—¿Sabe usted cuál es el mayor secreto de la selva? — Me preguntó, señalando la única ventana que tenía el mugriento bar al concluir su interrogación. Volteé mi cabeza y al no poder ver nada desde la barra, comprendí que en aquella dirección se encontraba la rivera del Amazonas.

—¿Cuál?

—Los románticos y religiosos han asociado la selva como sinónimo de paraíso: un lugar ausente de insectos que escarban la carne humana, de víboras salidas de las peores pesadillas y fieras que irrumpen como sombras por las noches. Aquellos dibujaron hombres y mujeres desnudas y sonrientes conviviendo armoniosamente en la jungla. Y luego, esa concepción se invirtió por completo: la selva no es sino ahora un verde infierno en la Tierra. Se sustituye el paisaje de lava y fuego con que

se caracterizaba al averno, y la selva oscura y sofocante pasó a ser el nuevo castigo para los hombres. ¿Y sabe qué? Todos esos naturalistas que consideraban a la selva un infierno, tienen toda la razón, pero se olvidan de algo.

—¿De qué?

—De que muchas veces el mal contiene al bien y viceversa.

—No le entiendo.

—En esa selva infectada de moscas del tamaño de un puño y bestias que sólo pueden haber salido de una pesadilla del mismo Dios, en ese infierno sobre la Tierra, esa tribu anclada en el tiempo descubrió lo que exploradores buscaron por siglos: el paraíso en la Tierra; la posibilidad de acceder a aquel sin pasar por la lanza y el rifle.

—Los exploradores tan sólo añoraban riquezas.

—Detrás de toda búsqueda extrema de materialismo se esconde la necesidad de una absoluta redención. Todos vinieron por el oro, pero también para escapar de sus otras vidas y conseguir la salvación eterna. Cielo en el infierno, como fuego sobre el agua. Mañana voy a ir para Mazán a llevar unas provisiones, puedo hablar con un primo para que lo guíe si es que le interesa lo que le conté —y volvió a desaparecer metiéndose en el cuartucho de atrás. Esperé unos minutos su regreso; hasta me asomé tímidamente por si lograba verlo por el umbral que daba a esa habitación, pero no. Miguel se había esfumado.

---

Una de las lagartijas acaba de atrapar una mosca pequeña. La otra la mira recelosa a escasos centímetros y, de un momento a otro, la ataca tan velozmente que se me vuelve imposible seguir la pelea que se da en la mugrosa pared del bar. Las arañas que se encontraban inmóviles aguardando también alguna presa comienzan a tejer sus telarañas de manera violenta, como si estuviesen fuera de sí. Miro a la absoluta oscuridad que se encuentra más allá del Malecón y no logro escuchar las aguas calmas del río Itaya, ni mucho menos los misteriosos sonidos de la selva. La cara de la vieja sucia llorando desconsolada, la correntada de agua amarronada burbujeante y el niño indígena siendo atacado por una jauría de perros sarnosos, se me aparecen al unísono y se mezclan y alternan en mi mente.

Intento leer los retazos de papel amarillentos que se encontraban dentro de cilindro del cuero; con cada palabra que intento descifrar, el dolor de mi cabeza se intensifica y las pesadillas se vuelven más frecuentes y vívidas.

A las dos de la mañana decido levantarme de la cama. Necesito tranquilizarme, ser racional; pero no puedo. Creo que este sentimiento atávico de repulsión-atracción a la selva terminará consumiéndome. Miguel parte por la mañana a Mazán, tal vez deba creer algo de lo que me ha contado y cambiar de destino. La cabeza me duele y los ojos me arden. Se hace imposible escribir mientras oigo en mi mente unos llantos que parecen un réquiem indio. Tal vez pueda llegar a lo de

Miguel y decirle que necesito partir cuanto antes. No puedo pensar claramente, me aterran esos salvajes que mastican un brazo humano y se pelean por unas vísceras semienterradas en el lodo. El niño no para de gritar cuando los perros comienzan a hundir sus colmillos en su cuerpo.

N. d. A.: *A partir de aquí la prolija escritura a mano alzada del escritor cambia radicalmente por palabras que desbordan los renglones, de impresión tan fuerte en el papel que en ciertos trazos lo agujerean. Círculos de tinta confeccionados a puño y la palabra “PARAÍSO” inundan los márgenes de las últimas dos hojas.*

Salí corriendo hasta llegar al Malecón e intenté recordar en qué dirección se encuentra el mercado de Belén. La brisa asfixiante de la costa ribereña me envuelve y no puedo evitar mirar hacia allí abajo.

Difumado por la bruma, distingo un camino de tierra rodeado por unas altas plantas que, de un momento a otro, se mueven como si estuviesen danzando. No hay viento. Siento que ese sendero me llama y me invita a entrar en él. Mis piernas saltan el paredón y me descalzo para mostrarle respeto. Me ha elegido; me convoca para que sea parte de *Ella*. Una verdadera comunión. Llego hasta el fin del sendero, donde el fango me avisa que el Amazonas se encuentra allí, aunque no pueda verlo por la oscuridad. *Ella* necesita un sacrificio, y yo una redención pura y total. Avanzo un poco más hasta sentir el agua en mis piernas; cierro los ojos, pero

las imágenes siguen aterrándome. Tal vez deba seguir avanzando, hasta que mi mente logre serenarse. La selva y mi sangre; una perfecta comunión.



## ***Crónica del descubrimiento del Río Amazonas***

La novela escrita en el género de crónica que a continuación se presenta ha sido confeccionada mediante el estudio y adaptación de la “*Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas*”, escrita por el fraile dominico Gaspar de Carvajal en los años 1541-1542, la cual he complementado con el estudio llevado a cabo por el historiador chileno José Toribio de Medina en 1894. Asimismo, me he valido de la versión de tal descubrimiento relatada en la *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, Tercera parte, Tomo IV (1852), escrita por el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo.

Una vez efectuada la adaptación y la traducción del español antiguo al moderno con la consecuente reconstrucción de los hechos, procedí a novelar la misma, centrandome la historia en el fraile Gaspar de Carvajal y en la misión secreta que le fue encomendada por la Santa Sede al navegar por las aguas del río Amazonas.

*Federico N. Aliende*

*El primero de los sobres lacrados conteniendo uno más pequeño, parecía latir dentro de mis vestiduras desde el momento en que lo guardé celosamente. Aquel me fue entregado por mi mismísimo superior mientras aún me encontraba ejerciendo mi vicariato en la ciudad de Lima.*

*“Al Fraile Gaspar de Carvajal. Su servicio al Altísimo le exige de entrega y sacrificio absoluto. Cuando, y sólo cuando se encuentre entre lo ignoto y salvaje, tendrá el derecho de abrir el sobre que se encuentra acompañando la presente misiva. Que así sea.”*

*Sin emisor, sin fechas. Una advertencia postulada en nombre de Dios Santísimo.*

## ***La reunión***

Para que todos los sucesos de esta jornada se comprendan de la mejor manera, deben saber que Francisco de Orellana era capitán y teniente gobernador de la Villa Nueva de Puerto Viejo y de la ciudad de Santiago, la cual pobló y conquistó en nombre de Su Majestad.

Inminente era la llegada de su primo, Gonzalo Pizarro y, cuando aquello aconteciere, se convertiría en el nuevo gobernador de la villa de Quito, ciudad desde la cual prepararía la expedición para encontrar el País de la Canela.

Por ello, Orellana partió hacia Quito con la finalidad de encontrarse con aquel bajo la excusa de ponerlo en posesión de las tierras que hasta ese momento administraba. Pero también a oídos de Francisco de Orellana habían llegado las noticias respecto de esa tierra donde crecía la canela, y no quería quedarse fuera de la expedición que se preparaba en su búsqueda.

Efectuado el encuentro, y una vez puso en posesión de Pizarro las tierras bajo su mando, le manifestó su voluntad de sumarse a la empresa en servicio de Su



Majestad Carlos I; ofreciendo a sus hombres y disponiendo las riquezas que detentaba para tal aventura.

Pizarro aceptó la propuesta y así, a principios de febrero de 1541, Orellana regresó para organizar sus gobernaciones y dejar en quietud y sosiego la ciudad de Santiago y la Villa Nueva de Puerto Viejo. Para este nuevo emprendimiento, gastó cuarenta mil pesos de oro en todo lo necesario para tamaña empresa y, ya con todo lo necesario, partió nuevamente a Quito, para enterarse al llegar de que Gonzalo Pizarro había partido semanas antes.

Confundido de qué debía hacer, Orellana determinó pasar adelante e ir a su encuentro, a pesar de las advertencias que los vecinos del pueblo le refirieron sobre las tierras intrincadas y belicosas que le deparaban.

Nada le hizo reformar su convicción, ni siquiera el temor que los conocedores de la región le manifestaban a que los matasen, como ya había sucedido con otras expediciones anteriores, en donde no había importado la cantidad de soldados y arcabuces frente a la ferocidad de los indios y el paisaje peligroso. Determinado en seguir los pasos de su gobernador, y con tan sólo veintitrés compañeros, se internó en lo inhóspito.

En su avance, padecieron el hambre y los ataques de los indios en todo momento y hasta se pensaron perdidos y muertos, pero siguieron su camino, abandonando todo lo que llevaban consigo.

Cuando Francisco de Orellana alcanzó al gobernador en el valle de Zumaco, sólo algunos aún cargaban sus espadas y escudos.

Ni caballos ni pertrechos en esa irreal aparición. Muertos vivientes y salvajes surgieron de lo más profundo de la selva.

Ya junto con Pizarro, fue en demanda de su País de Canela. Su preciada canela.

Aclaro que la marcha dada por Orellana y sus compañeros aventureros desde Quito hasta donde nos encontrábamos no la presencié por estar yo en el real campamento con Gonzalo Pizarro, pero sí deben de saber que aquellos suplicios me los he informado de todos los que venían con aquel. De aquí en adelante, lo que proceda a relatar, será como testigo de vista y como hombre a quien Dios quiso dar parte en este tan nuevo y nunca visto descubrimiento.

Se llevó a cabo una pequeña ceremonia entre todos los jefes expedicionarios. Orellana ha sido designado, a partir de ahora, teniente general de Gonzalo Pizarro.

Hace ya tres días que he abierto el segundo sobre y la misma cantidad de días que no salgo de mi asombro; nadie podría... no creo ser capaz de cumplir con la tarea que se me ha encomendado. Mi hermano de orden tampoco puede saber de ella; estoy solo con Cristo, Mi Señor, en esta tan importante misión.

## *La espera*

Gonzalo Pizarro decidió hacer una avanzada y partir con ochenta hombres para saber qué nos depara el oriente desconocido. Irán a pie, puesto que los caballos no pueden atravesar la enrevesada vegetación que aquí domina.

La lluvia cae tan fuerte y a toda hora que se convierte en un verdadero suplicio, como si los poderes del infierno se encontrasen invertidos y emanasen desde los cielos gobernados por Dios.

Los soldados bromean de Orellana y sus hombres malheridos; los miran y aseguran que no son más que resurrectos que la selva nos ha mandado para atormentarnos en nuestra marcha. Orellana y su legión de muertos. Algunos han bromeado con devolver esos demonios al infierno del que han logrado escapar; adquiriendo las ironías carácter probable con las borracheras y desesperanzas nocturnas.

Por la mañana Pizarro...hasta ¿Es que acaso mis ojos revelan mis planes ocultos?"

Me es difícil de describir el olor de la selva cuando la lluvia deja de golpearla. Un sabor agrio como de muerte se funde y se confunde con un sentimiento de pureza virginal manifestado en el canto y grito de los animales. La tierra eleva su humedad en aire caliente y se agolpa en las hojas de los árboles y en nuestras ropas y se transforman en sudor; cargando la selva con cada paso que logramos dar. Llueva o no llueva, sentimos el acecho de los espíritus salvajes queriendo ingresar en nuestros cuerpos para confundir nuestra fe y provocar el fracaso de nuestra misión. De mi misión.

La segunda carta se encuentra protegida entre mis hábitos. Sé que debo destruirla, que no puede llegar a manos de ninguno de ellos y, sin embargo, algo hace que aún no me haya desprendido de ella.

Se mataron unos seis perros que venían acompañándonos desde Quito y los comimos en silencio, con la selva y Dios observándonos, envueltos en una comunión que sentí impura y pagana.

El teniente Orellana ha mandado soldados a internarse media lengua en la selva a buscar raíces y frutas. La comida es un apremio constante, una ironía de este entorno tan aparentemente basto y fértil.

Los compañeros del teniente recuperan su vitalidad poco a poco y los soldados de Pizarro que se han quedado aguardándolo ya no bromean de las parcas apariencias que mostraron cuando, apenas llegados, se unieron al campamento real.

\*

Dios, Creador de todas las criaturas, ¿extendiste, acaso, demasiado profundo tu aliento aquí?, ¿fue acaso tu hálito divino el que hace esconder el rastro de tu misericordia en estas tierras ignotas?

Hay mañanas en que los nervios y la desconfianza le ganan al campamento real. Son esos días donde mi servicio a Cristo me da las fuerzas necesarias para celebrar una misa frente a estos cristianos temerosos y débiles.

El teniente Orellana se muestra más activo que nunca; personalmente se interna por días en lo desconocido a buscar provisiones, regresando con frutos, raíces y animales pequeños.

Por su parte, la pesca se ha vuelto fructífera después de tantos intentos frustrados; y desde hace cinco días que nos alimentamos de los pescados conseguidos en las orillas de este río.

\*

El teniente ordenó rodear el campamento de fogatas. Ayer uno de los compañeros fue atacado por una fiera y arrastrado a algún lugar, sólo conocido por Dios.

He soñado con una laguna, colmada de vapor y burbujas que, al explotar, expedían un líquido venenoso y denso. Al norte de este espejo de agua caían y reposaban unas ramas lánguidas con hojas marrones y negras que parecían moverse ante cada estímulo del ambiente. Mi visión atravesaba toda la laguna y se detenía en el

punto exacto donde la caída de aquellas ramas en el agua impura camuflaba la entrada a una cueva. El hedor era imposible de resistir, y en mis sueños sentí deseos de vomitar y huir, mas no pude hacerlo; una maldad palpable y densa me impedía retroceder y desviar la mirada; como si cientos de manos pertenecientes a seres del averno me obligasen a adentrarme a lo indómito y asqueroso. Mi visión, porque aclaro que nunca pude ver mi cuerpo en este espanto, comenzó a avanzar aún más, y descubrí esa gruta, viscosa y húmeda y de un frío extremo. Sentí las hojas negras hiriendo mi cuerpo inexistente y, cuando creí que la pesadilla había llegado a su *súmmum*, la sombra de una bestia sentada sobre un trono de piedra apareció ante mí. Descubrió sus ojos carmesí, aunque la negrura del ambiente escondía su vil rostro. Ha llegado al infierno verde, *Xalinde*; pronunció abalanzándose hasta mí.

Cuando logré escapar de aquella pesadilla y atendí al entorno donde me encontraba, una pesadez inundó mi cuerpo y también mi alma. ¿Por qué aquel vil demonio me había llamado *Xalinde*? ¿Qué significaba para mi misión esas imágenes salidas del mismísimo infierno?

\*

La espera se acrecienta y se convierte en desesperanza en las noches hastiadas de sonidos animales. Los rugidos de las fieras se escuchan, a veces distantes, y a veces tan cercanos que hasta creemos que nos aguardan impacientes detrás de las columnas de fuego que nos cercan y protegen.

Uno de los hombres ha sido mordido por la vil criatura que reptaba y murmura al avanzar. Nuestro compañero no ha sobrevivido siquiera seis horas a su veneno ponzoñoso.

\*

¿Sienten mis compañeros, al igual que mi persona, la conspiración de la selva, camuflada en la vegetación batida por el viento y la lluvia? ¿Se percatará alguno de ellos de la emboscada que prepara para lanzarse sobre todos?

\*

Seguir aquí, ocioso e impaciente, no ayudará a mi misión. He acompañado a mis compañeros en búsqueda de provisiones, justificando mi insistencia ante ellos, en la protección de Cristo con mi presencia. Me gané su confianza de a poco; sin blandir espada ni arcabuz alguno, sólo con la Cruz como única arma de defensa y ataque.

\*

No se encuentra en el caos, la armonía; como no se encuentra en el desierto la vida de una flor o después de una barrera de demonios una columna de santos. ¿O, acaso estoy equivocado? ¿No existirán acaso celestiales planes capaces de enmascarar lo divino con barreras paganas y caóticas?

